

FRANCISCA HAVERGAL (14 DICIEMBRE, 1836 — 3 JUNIO, 1879)

Por Timo y Lynn de Anderson

Recordamos a Francisca Havergal como "la más dulce voz de la himnología" porque antes de escribir cada línea de un himno, primero oraba. Aunque perteneció a una familia de alta cultura que le brindó la más amplia educación en lingüística y música, Franci fue conocida por su sencillez y humildad y sobre todo por su confianza absoluta en el Señor.

Poco después de celebrar sus 15 años, interrumpió su carrera en Inglaterra para hacer un año de intercambio como estudiante en Dusseldorf, Alemania. Cuando visitaba el hogar de uno de sus profesores, vio en la biblioteca de la mansión la copia de una famosa pintura que engalana el museo de arte de esa ciudad. Ella quedó mirando la impactante representación de Jesucristo coronado de espinas ante Pilato, cuando éste le había dicho a la chusma judía, "He aquí el hombre" (Juan 19:5).

Al leer con cuidado las palabras que aparecían debajo de la obra del pintor Sternberg, "Todo esto hice por ti, ¿qué has hecho por mí", Franci se sintió profundamente conmovida. Observó en silencio cada detalle del cuadro mientras se hacía esa misma pregunta: "Todo esto hice por ti, ¿qué has hecho por mí". Por fin, con lágrimas en los ojos, sacó papel y lápiz, escribió una poesía y la guardó en su cartera.

Un día meses más tarde, nuevamente con sus padres en Inglaterra, se dedicó a vaciar su cartera y reacomodarla todo. Entre las cosas que tiró hacia la chimenea se encontraba la poesía, que en ese momento le pareció de poco valor literario. Tal como le sucedió a Carlos Wesley cuando intentó quemar el manuscrito de "*Maravilloso es el gran amor*" 120 años atrás, el calor de la chimenea hizo que la poesía rebotara al piso. El padre de Franci pasó por el cuarto horas después y vio el desatendido papel. Al agacharse con el fin de botar la hoja chamuscada, alcanzó a leer algunas palabras y se enderezó intrigado. "Franci", le preguntó, "¿dónde conseguiste esta letra? Es preciosa". Al saber que los versos eran puño y letra de su propia hija, no sólo le amonestó que los conservara, sino que de inmediato se dedicó a escribir una melodía apropiada para acompañarlos, la que en algunos lugares del mundo aún se sigue cantando:

Mi vida di por ti, mi sangre derramé;

Por ti inmolado fui, por gracia te salvé;

Por ti, por ti inmolado fui, ¿Qué has dado tú por mí?

Mi celestial mansión, mi trono de esplendor,

Dejé por rescatar al mundo pecador;

Sí, todo yo dejé por ti, ¿Qué dejas tú por mí?

Reproches, aflicción y angustias yo sufrí;

La copa amarga fue que yo por ti bebí;

Reproches yo por ti sufrí, ¿Qué sufres tú por mí?

De mi celeste hogar, te traigo el rico don

Del Padre Dios de amor, la plena salvación;

Mi don de amor te traigo a ti, ¿Qué ofreces tú por mí?

A través de los años, creyentes han encontrado un reto para su servicio a Dios al cantar estas líneas, que ponen en relieve el gran sacrificio del Salvador a nuestro favor. Los 50 himnos que llegó a escribir Francisca Havergal han tenido un ministerio maravilloso porque su letra comunica gran consagración y amor hacia Dios. Un año antes de su muerte, el médico le dijo con tristeza, "Franci, debo decirte que ya no tienes mucho tiempo en esta vida". Su respuesta animada no se hizo esperar, "¡Gracias doctor por tan buenas noticias! Si en verdad voy a morir, ¡me parece estupendo! ¡Quiero ver a mi Salvador!"

Falleció a los 43 años, pero vivió su vida en respuesta a las preguntas: ¿Qué has dado? ¿Qué sufres? ¿Qué ofreces tú por mí? Siempre anhelaba que otros se deleitaran de una relación con Dios similar a la que ella tanto disfrutaba. A finales de enero de 1874, cinco años antes de morir, fue a visitar a unos amigos en Arley, Inglaterra. Varios de ellos no conocían a Dios y los demás parecían no disfrutar de haberlo conocido. Ese primer día de su visita, Franci oró: "Te pido que me ayudes a ser de bendición para estas personas. Quiero que cada una sea tuya". Durante los siguientes cinco días Franci tuvo la dicha de ver a ocho de los diez recibir al Salvador como Señor de sus vidas. En vísperas de regresar a casa la señora anfitriona tocó a la puerta de su habitación y le rogó que hablara con sus dos hijas. Las encontró llorando y pronto ellas también habían recibido paz espiritual. Franci regresó a su cama después de la medianoche tan feliz que no pudo dormir. Mientras le daba gracias a Dios por contestar su oración, le vino como avalancha la letra de un himno que hoy forma parte de los más amados:

Que mi vida entera esté consagrada a ti, Señor

Que a mis manos pueda guiar el impulso de tu amor.

Que mis pies tan sólo en pos de lo santo puedan ir,

Y que a ti, Señor, mi voz se complazca en bendecir

Que mi tiempo todo esté consagrado a tu loor

Que mis labios al hablar, hablen sólo de tu amor.

Toma ¡oh Dios! mi voluntad, y hazla tuya nada más;

Toma, sí, mi corazón; por tu trono lo tendrás.

Toma tú mi amor, que hoy a tus pies vengo a poner;

Toma todo lo que soy; todo tuyo quiero ser.

Usado con permiso.

ObreroFiel.com – Se permite reproducir este material siempre y cuando no se venda.